

Amnesia, bienvenida seas

Dibujos hechos al azar
de lugares que cruzaron mis ojos
Juan Gustavo Cobo Borda
Monte Avila Editores, Caracas, 1991, 82 págs.

¿Qué impacta de la lectura de un libro de poemas como *Arbol adentro* de Octavio Paz? En su relectura se van decantando las respuestas. Lucidez, vitalidad, transparencia, podrían ser algunas de esas claves. ¿Cómo llegar al último libro con la diafanidad y fuerza del primero? Es como si el poeta, al crear el poema, se renovara constantemente a sí mismo, como si la única manera de recibir una creación fuese creándose con ella. En este proceso el artista parece rejuvenecer con cada una de sus obras. Es en este sentido que encuentro cierto parentesco entre *Arbol adentro* y el último poemario de Cobo Borda, titulado *Dibujos hechos al azar de lugares que cruzaron mis ojos*, editado en Venezuela por Monte Avila en la colección Altazor.

Poesía cuya rebeldía radica en la precisión y sobriedad verbal, en la concentración capaz de rehacer, de conmover un mundo con un mínimo de palabras. La pasión crítica salta a la vista en este "diálogo implícito" del creador consigo mismo. Un poema titulado *Deberes del poeta*, dedicado a Germán Vargas, lo testimonia: "Comprobar el nacimiento del asombro [...] Tararear/ con la más profunda convicción,/ melodías sin sentido./ Asomarse al abismo y advertir cómo esos ojos/ se repliegan luego en la dicha./ [...] Jugar para que el hombre no se pudra./ Podría también callar/ de modo definitivo y profundo" (pág. 25). Así define el autor su oficio.

En este punto vale la pena recordar al maestro Alfonso Reyes cuando afirmaba que el sustento de todo poema es el *logos* (el lenguaje), y su procedimiento esencial la catacreción, que es ese mentar con palabras lo que no tiene palabras ya hechas para ser mentado. "Bienvenido ese desajuste", afirma el maestro, esa desviación, ese nombrar por primera vez.

Cobo Borda nos presenta uno de sus libros más unitarios, un libro esencial por excelencia. En él aparece como en un centro toda su obra poética, es el libro reiterado sin cesar, es el libro único. Dividido en tres partes: "Poeta en Utopía", "Poeta en Bogotá" y "Poeta en Tokio", recoge treinta y cinco poemas impecables, que van desde lo cotidiano inmediato hasta lo que solicita indirectamente nuestros sentidos, pasando por los mismos vocablos con que nos desenvolvemos conversacionalmente, hasta ser el centinela de lo inaudible, de lo que callan los dioses:

*Queremos dioses benévolos
que floten por la casa
y nos rasguen los ojos
con dulzura.*

[Shinto, pág. 81]



En este testimonio del hombre, la percepción del yo interior y el mundo se reduce a la imagen, a la exclamación, al instante capaz de crear un universo. Conocimiento y sentimiento saltan a la vista. Una esencialidad recóndita como un haikú brota de su trazado hecho al azar, en un lenguaje sencillo y objetivo como un dibujo:

*Haikú
Viajo hacia ti
a 820 kilómetros por hora.*

*Vuelo hacia ti
a 11.880 metros.*

*Mi mente,
en cambio,
ya anida en tu cuerpo.*

En la primera parte, titulada "Poeta en Utopía", el poeta elabora una "mitología propia", funde lo humano con lo divino otorgándole a su acento lírico un carácter mítico; por allí los dioses y sus criaturas, los lugares, los hombres y sus pasiones, la muerte: "Comprenderá/ cuánto hay de humano/ en una piedra/ una única piedra/ plantada en la mitad de sí mismo". (*Contemplación*, pág. 23).

La segunda, titulada "Poeta en Bogotá", apunta más a lo que reza la cubierta: "poesía interesada en rescatar para el poeta los giros coloquiales, la tonalidad conversativa del diálogo cotidiano, los nombres corrientes de las cosas, la referencia histórica, el ingrediente crítico [...]. Ganada por una nueva serenidad, su poesía ha sabido matizar lo coloquial y lo irónico hasta lograr un tono conciliatorio, sintético, casi aforístico". Esta poesía de la mirada se centra en esta ocasión en la postal urbana; un tono parco y cruel se apodera de cada texto. Sumergido en la realidad de lo cotidiano y al mismo tiempo abismado en la contemplación, nos conduce a un paisaje casi fotográfico, despojado, hiriente. Allí aparecen como en un *Tatuaje*: "El amor y su llaga física", José Asunción Silva y su ciudad: "Cuánta amabilidad fingida/ en estos bogotanos suntuosos y relamidos". La nostalgia de las 5 a.m.

*Duerme con otra
pero piensa en ti.*

*Debe hablarte
pero no es posible.*

*En el otro extremo del mundo
tú también
estás despierta.*

La tercera sección, "Poeta en Tokio", cierra esos "dibujos hechos al azar" con una contemplación de las cosas mínimas; el poeta no "mira" sino "ve" la realidad al modo zen. Poemas como *Zoo* o *Súplica*, que aparecen en la primera y segunda partes, perfectamente podría afirmarse que pertenecen a esta conclusión, por su sutileza. Aquí lo superficial cobra hondura; la sensualidad de los detalles conduce al destello de los sentidos, a

la iluminación, a lo sagrado: "Queremos religiones alegres/ donde todo sea santo./ /No más culpa, perdón ni arrepentimiento./ No más el miedo y su horrible chantaje/ [...] Lo importante no es pedir./ Es arrebatarse a la vida". (pág. 82). Entonces la poesía abre la escala de lo real en una transgresión redentora que es inseparable de la profundidad del sentido. "La eternidad sabe a miel", afirma Cobo Borda al cerrar su escrito titulado *Para borrar la realidad*, en el que nos recuerda a William Blake. El poeta aparece a nuestros ojos como "ese místico en estado salvaje", según la definición de Claudel para Rimbaud, ese iluminado que todo lo ve con claridad porque está despierto; lo mínimo de la naturaleza logra alcanzar la dimensión de lo místico, porque, como Blake, ha limpiado "las puertas de la percepción". El poeta, frente a frente con el mundo, redescubrirá que la hondura de las palabras es esencialmente hacia todas partes, que hasta en un rincón hay un abismo, y concluirá diciendo:

*Hay demasiada belleza
en este saturado mundo.*

Amnesia,

Bienvenida seas.

[*Desplegando un kakemono,*
pág. 77]

JORGE H. CADAVID



El riesgo de la desmesura

Dibujos hechos al azar

de lugares que cruzaron mis ojos

Juan Gustavo Cobo Borda

Monte Avila Editores, Caracas, 1991, 62 págs.

A primera vista los poemas de este libro parecen ocupar un espacio reservado a la neutralidad y a la ligereza. Pero la impresión cambia cuando los poemas empiezan a tejer entre ellos una espesa red cuya principal misión consiste en luchar abiertamente contra el olvido. Así, se aproxima a lo pasajero con las mismas armas de lo pasajero y le tiende una trampa con el lenguaje para que nada se desvanezca en el aire. En *Dibujos hechos al azar...* los poemas quieren dejar constancia de lo que ha sido el asombro, por lo que el libro se asemeja gradualmente a la escritura de un diario, asumiendo los peligros de la confesión y de lateralidad que este tipo de trabajo conlleva.

El lector no deja de advertir a todo lo largo del libro una especie de ansiedad contenida en sus poemas y de considerarlos como apuntes para un poema final que reúna armónicamente todos los aspectos allí tratados. Esa impresión desaparece cuando se comprueba que sus libros anteriores están cargados por ese mismo aliento ciertamente depredador. Entonces, surge la necesidad de realizar un análisis que vaya por otro lado.

Cobo ha sabido imprimir en su producción poética un giro de signo eminentemente barroco a la conciencia de estar vivo. Ha considerado a los poemas como la más veraz prueba de su existencia, como si en ellos residiera la salvación, así como de encontrar en su espejo la imagen más aproximada de la movilidad y del imperceptible paso del tiempo. De ahí que a veces den la impresión de inmediatez, de ser nada más que un acto reflejo. En este propósito tan desmesurado como imposible, Cobo Borda conduce lo general de la visión a lo particular de su sentimiento y engarza a la rapidez de lo visto una referencia personal, de manera que en el poema se opere la

apropiación del instante, con lo cual sus poemas siempre se balancean entre lo ajeno y lo próximo, permitiéndose saborear al mismo tiempo lo insípido y lo sustancial.

En su origen la obra poética de Cobo Borda parecía cumplirse en el terreno del más cruento escepticismo, donde su palabra encontró sus mejores hallazgos articulando en un lenguaje escueto toda la corrosión de sus ácidos. Pero a poco en su poesía se dio la súbita aparición del cuerpo, al que empezó a considerar como el único signo de felicidad en la tierra, aquello que podía contrarrestar la vulgaridad de los días. Sin enaltecerlo como un ente aparte, el cuerpo en su poesía fue captado en toda su hermosura y en toda su cotidianidad. En suma, hizo aparición un cuerpo creíble. Este cambio, que tiene enorme importancia, le dio pie para abrirse a una poesía que empezó a considerarse a sí misma como el más cabal territorio de la celebración. Es en este momento cuando logró igualar la impersonal nominación del acontecimiento con la personal exaltación de la celebración, aunque no dejan algunos poemas de dar la impresión de transparentar más el entusiasmo por escribirlos que el poema mismo, como si la justificación de su resultado fuera compensado por la elaboración. Se da el caso entonces de atisbar en la poesía su ineficacia, tal como lo ha venido repitiendo con frecuencia y que también aparece en este libro: "Por qué no maullar/ cuando el idioma es inútil". No deja de producir cierta perplejidad el hecho de que Cobo Borda empieza a valerse de dos factores que con anterioridad no se advertían en su poesía de una manera tan evidente y que el mismo autor había señalado como uno de los vicios que con mayor frecuencia eran recurrentes en la poesía latinoamericana: la sentimentalidad y la solemnidad. Si el giro que se ha comentado anteriormente —de la impersonalidad a la interiorización, del desprecio a la exaltación— se está cumpliendo, entonces extraña que en *Dibujos hechos al azar...* y en su libro precedente, *Tierra de fuego* (Fundación Guberek, 1988), el autor se valga de estos lastres, de los que siempre había renegado.